

Guillermo Koenenkampf

El instinto

I



DESDE las ramas que daban sombra de soslayo al corredor, el «chiu-chiú» de una diuquita vivaz sazonó de pronto la quietud luminosa de la tarde. «¡Chiu-chiu-chiu, chiu-chiu-chiu!», repitió el pajarillo su alabanza, y se metió a saltitos entre el follaje, mientras Manuel Lazares, arrellenado en una poltrona, continuó saboreando por un momento el eco del cantito.

Volvió al cabo, el hombre, a abandonar sus miradas en la agradable inmovilidad del paisaje. Ahí, frente a él, al otro lado del barranco, el espinazo antediluviano de un cerro encorvaba sus petrificados movimientos en el suceder de los siglos. Por su flanco se desparramaban las manchas de un verde áspero de los litres, y las de tonos más vivos, de los guayacanes, y en medio de ellas, acá y allá, el quillay airoso iba jalonando esforzadamente su ascensión, hasta clavarse en las rocas mismas de la cúspide. Y mientras los ár-

boles insensiblemente subían y subían por las laderas pedregosas, insensiblemente bajaban sus sombras hacia la hondura del barranco. A beber, quizá, las aguas frías del río. Más lejos, por sobre las grupas del cerro, otros cerros asomaban sus testas avispadas, como escuchando el secreto rumoroso del viento azul. Y en el espacio, por sobre los cerros y por las laderas, otra luminosidad azulina, flotante y leve, parecía el velo ingravido de la divinidad de la montaña. A ratos, algún detalle en acción o movimiento distraían la contemplativa distracción de Lazares: un conejo, que atravesaba a grandes saltos asustados, de una mata a otra, al otro lado del río, o algún montañés o verancante, que cruzaban por el recinto de la Estación.

El humo del cigarrillo fué envolviendo paulatinamente su contemplación, en lentas espirales de recuerdos. ¿Recuerdos...? ¡Bah! ¿Qué importaban ahora los recuerdos de cosas pasadas o deshechas? El estaba mirando, nada más; flotando, en una agradable inconsciencia de los sentidos. Por distracción, podría imaginar ahí, sobre la cima de una roca, por ejemplo, o en aquel monte lejano, algún recuerdo cualquiera, mientras el reflejo curioso de su mirada seguía esa pareja que acaba de pasar por el callejón, saltando de sombra en sombra. Un recuerdo... Y bien, ¿un recuerdo no es como un mero puntito geográfico en la vida, o como un árbol silencioso que se queda atrás, en un recodo del pasado y nos hace señas amistosas al volvernos a mirarle, o como una roca trunca en la cual des-

cansamos un instante, al pasar? Poco a poco, otro paisaje, subjetivo, se iba integrando en inmóviles perspectivas, en su imaginación, junto a ese inmóvil paisaje del Cajón cordillerano, que Lazares tenía delante; y comenzaban a desfilar, uno a uno, figuras y hechos en sonámbula procesión.

En sonámbula y apacible sucesión, primeramente. Pero luego, al mismo tiempo que seguía observando sin interés, a la pareja de paseantes que se había ido a refugiarse bajo la sombra de un olmo, un recuerdo involuntario, inesperado, como insecto que nos zumba revolando en los oídos, se entrecruzaba a los plácidos recuerdos y pugnaba por precisarse e hincar su aguijón, en la imaginación de Manuel Lazares. Se movió en la silla, y al fin afirmó su voluntad, resueltamente: ¡qué! ¿no era mejor hacerle frente de una vez a ese fantasma clavador; recibirlo a pie firme y estrangularlo entre los brazos de la voluntad? ¡María! ¿Qué significaba al fin y al cabo en su vida de ahora el recuerdo de todo lo que él pudo haber querido a aquella mujer, y de todo lo que ella pudo haberle hecho sufrir? ¿No había pasado todo eso, así como había pasado hace un momento ese conejo, a saltos, entre las matas del otro lado del río, o como había pasado por delante de sus ojos esa pareja que ahora estaba medio oculta bajo la fresca penumbra del árbol? Esa misma pareja, ¿quién sabía lo que había de durar...? Dejó a un lado, de pronto, sus imaginaciones, como había dejado antes su inconsciente y plácida contemplación,

y se puso a observar con repentino interés los movimientos de la pareja de enamorados. Así se libraba del recuerdo importuno de María.

II

—¡Lo mismo que María...!— pensó sobresaltado Lazares, al percibir a la distancia un ademán que la desconocida le hacía en ese momento a su galán.—¡Lo mismo que María!—protestó, recordando de ese modo tan desganado e insinuante a la vez, que ella había tenido tantas veces para con él.

Repitió la joven el ambiguo movimiento, y entonces Lazares se dijo, pensando acaso en sí mismo:—A ver, qué va a hacer ese idiota...

Lentamente, el enamorado, en vez de coger con su mano el plátano despellejado que la muchacha le ofrecía, fué aproximando su boca y le dió un largo mordisco a la fruta, mientras miraba golosamente a su compañera. Ella le miraba a su vez, sonriéndole, quizá si complacida, quizá si divertida. Después, el individuo tomó el resto del plátano y se lo puso a ella en la boca entreabierta. Era una inversión en el orden galante. Ella comió, riéndose y alisándose los cabellos que se le caían en la frente.

A los pocos momentos, mientras comían y comían, mirándose, él le dió de improviso, un beso. Ella lo recibió, quizá si complacida, quizá si sorprendida. Lazares observaba con atención morbosa. Y así, a los po-

cos instantes, vió que los besos, rápidos, sorprendidos, se iban haciendo más largos y premeditados, más vehementes y furibundos, como ciegos aletazos de pasión. Hasta el momento en que ella se quedó—así lo veía desde acá—colgando, en un largo trance enardecido, de los labios del hombre. ¡Ah, qué ansia, qué exquisito y fatal frenesí de entrega adivinó a pesar suyo Lazares, en ese momento de la muchacha! ¡Ah! ¡así quizá habría podido besarle también «ella», a él, si él, si él...! ¡Ah!

Imaginaba a María. ¡María! ¡Si él se hubiese atrevido! El, que la había amado tanto: más, mucho más de lo que ese tipo amaría a la mujer que le entregaba sus imponderables besos, ahí, bajo la tupida sombra del olmo. ¡Cómo habría sabido él encender también todos los exquisitos fuegos del amor en ella, en el corazón orgulloso de María! Pero él no se había atrevido; no había querido atreverse... ¿Qué le habría costado, por ejemplo, al igual que ese vulgar enamorado, haber preparado el momento inevitable de los sentidos, haber creado sabiamente el clima necesario para que floreciesen las rojas flores del amor? ¿Qué le habría costado, la tarde en que insensiblemente se fueron andando y conversando por esa soledosa quebrada del balneario, aprovechar la ocasión, cuando ella, al pasar por entre los árboles de la quebrada, se clavó una espina en una mano, y él, durante un rato, le tuvo la tibia y mansa mano entre las suyas, tratando en vano de sacarle la espina con la punta del cortaplumas? El

aliento de ella le hacía cerrar los ojos, y los dedos le tiritaban torpemente . . . Y no pudo sacarle la espina; y ese pequeño fracaso se le clavó a él, como una espina, en la garganta. Mientras tanto, ahora, ahí estaba nuevamente el galán, insinuándose con ademanes vulgares y prácticos, con vulgaridad, con insistencia, con testaruda y vulgar insistencia suplicadora, enardecedora, dominadora, como esos pavos que le hacen la rueda a la hembra. Y ella, ¡ya iría otra vez a precipitar todo su cuerpo y su alma en el abismo de un beso!

Cerró los ojos, por no ver. Cerró los ojos, y nuevamente, por todas las partes y rincones de sus recuerdos, la veía, a ella, a María. La veía, andando—como siempre—a su lado. La veía sentarse . . . ambos se sentaban en el rincón de una placita apartada, bajo unas matas, mirando el mar, y ella, inclinando la cabeza, le decía con una media voz inexpresable:

—Bueno, Manuel; hágame un cariño, ahora . . .

El le había echado una mirada trémula, al mismo tiempo que sentía un gran vuelco en el estómago. Ahí, delante de sus ojos una nuca blanca y redonda, orlada de un suave vello, le atraía violentamente sus anhelos encadenados. Al fin había podido hablar, con trizado acento:—¿Por qué me dice estas cosas, María? ¿Por qué me dice usted estas cosas, si usted . . . si yo . . . ? Y se había quedado inmóvil, atragantado, ahogados sus pensamientos por la emoción.

Sí; sí . . . Todavía recordaba la fugitiva mirada de ella, en tanto se arreglaba el cabello en la nuca, con el

mismo ademán con que esa muchacha que se estaba besando allí con su novio, acababa de echarse hacia atrás el mechón de cabellos que se le venía a la frente:

—«Un cariño», Manuel; así se dice. ¡Tengo hambre!—susurró—. Allí viene un chiquillo con chokolitos . . .

Y él, sin poder hablar, había comprado un paquete de chocolates.

Así era ella. Y así había sido él.

Pero la vida no era así. La vida, el instinto . . . Y bien, ¿qué tenía que ver él con el instinto? Que galopasen otros, sin saciarse jamás, sobre los groseros lomos del instinto; que galopase ahí, en una loca carrera inmóvil, esa pareja que estaba besándose bajo la sombra celestina del olmo; él nada quería ya con los sentidos; él los había domeñado, los había enclaustrado en el último rincón de sus pensamientos. Desde allí le aullaban a veces, desesperadamente, nutriéndose a sí mismos. El quería otra cosa; él había querido, siempre otra cosa . . .

III

Se enardecía estúpidamente, y echó una violenta mirada celosa hacia la sombra del olmo. Creía acaso que iba a ver allí a María, la imagen de María, con un collar de besos abrasados, en torno a la nuca. Ahí estaban aún, los dos enamorados, conversando. Es decir, él conversaba y hacía aspavientos, lleno de halagos y empalagosas mieles, y ella escuchaba, mirando en de-

redor. En ese instante la muchacha se quedó—[lo mismo que María!—absorta, como fuera de sí misma, o mejor, como dentro de sí misma, y un suspiro inverosímil de alivio se le atropelló en el pecho, a Manuel Lazares.

En ese momento, la jovencita de la casa le traía el té, y se lo acomodó ahí mismo, en una mesita, bajo las sombras del árbol que jugueteaban en el corredor. Por un instante, se cubrió el lindo mantelito, de doradas monedas caídas por los rayitos de luz que filtraban las hojas traviesas, y una, más grande y luminosa, hacía círculos graciosos en el rostro de la chiquilla.

Lazares sonrió, y la jovencita se quedó mirándole, iluminados los ojos por el áureo circulillo. Cuando se fué, moviendo las nacientes caderas, Lazares sorbió el té, sorbo a sorbo, y trató de embeberse de nuevo en la contemplación del paisaje. Pero el paisaje, voluptuosamente, parecía despertar de una lánguida siesta, y un vientecillo enardecido venía Cajón arriba, y sacudía las cosas. A medida que Lazares se obstinaba en mirar los renovados aspectos del panorama, una desazón creciente le andaba hormigueando por los subterráneos caminos de su sensibilidad. Una sensación y una desazón igual a como cuando estaba junto a María, y él, cohibido y triste, sin querer escuchar los latidos de su corazón, se empecinaba en buscar no sabía qué, en los ojos de la mujer.

Ahora sentía, observando a la pareja, un ofuscamiento de todas sus facultades, y se le antojaba a mo-

mentos que esa muchacha era ella, María, la misma María, displicente y vehemente, y que él podría, podría . . . sí, ¿qué podía valer ese tipo que estaba ahí con ella; qué cosas podría decirle ese hombre, mejor que las que él le diría, si la tuviese a su lado, así en esa actitud? ¿Qué sabía ese hombre del amor «que viene desde arriba», y el que las mujeres suelen a veces presentir?

A veces, a veces . . . Pero ahora esa muchacha estaba ahí, sentada medio de lado sobre el manto blando de las hojas, con la barbilla apoyada en una mano y el codo apoyado en la otra, entre el misterio del regazo, como ajena—así se le ocurría a Lazares—a lo que su pareja le decía, mirando probablemente por bajo el agitado mechoncito de sus cabellos, los importantes farallones que se precipitaban acá, a espaldas de Lazares. ¿Qué pensaría? ¿Qué contrastes y pensamientos escondía esa mujer en esa muda y elocuente actitud? ¿Estarían rodando aún por los despeñaderos de su imaginación, como insignificantes piedrecillas, las nimias palabras que acababa de decirle su galán, mientras ella mira ahora la majestad silenciosa de esas montañas? ¡Ah, el amor que quiere ir hacia arriba!

El quisiera estar en ese momento ahí, al lado de esa mujer que relumbra ante sus ojos como una joya transpasada por la claridad de la tarde, para hablarle de amor; para reclinar, si es posible, la cabeza, en el misterio de su regazo, y decirle que el amor, y que el instinto . . . que el instinto no es el amor; que el amor

es el instinto de la eternidad. Pero, ¿y ese desasosiego que le anda hormigueando por los pulsos; ese anhelar y ese recordar los anhelos que, a pesar suyo, le habían turbado antes, en un principio—y quizá siempre—, cuando estaba junto a ella, a María? ¿Y ese aullar constante, en el olvidado rincón, de los canes rojos de los sentidos? ¿Qué tenía que ver él con que ese hombre estuviese ahí, junto a esa mujer que ni conocía... qué le importaba a él que ella, la misma María, estuviese acaso en esos momentos, quizá dónde, quizá con quién, besándose, abrazándose? ¿Qué le importaba a él? ¡Sí, el amor que él quería, era grande como una montaña; como una montaña a cuya cima no se debía llegar jamás, por no tener después que bajar, inexorablemente de ella! Pero... Pero...

—¿Qué mira tanto el caballero?—habló a su lado la suave voz de la jovencita que le había traído el té, echando una mirada curiosa en derredor, mientras retiraba la mesita—. ¿Qué mira tanto?—entornó los ojos con graciosa malicia.

—Nada, señorita, nada. Una montaña, nada más... —volvióse él, sorprendido—. ¿Y usted, qué mira Mariucha?

La jovencita ocultó un repentino rubor tras el mantelito que sacudía lentamente, y se puso a conversar con ese hombre que se pasaba las tardes arrellenado ahí, silenciosamente. Era graciosa y bonita, y a Lazares le parecía que no se iba nunca.

Cuando al fin se quedó solo, se sintió de pronto

más solo aun, y miró entonces ansiosamente hacia la sombra obscurecida del olmo. Ya no estaba la pareja de enamorados. La alcanzó a divisar, más allá del recinto de la Estación, perdiéndose, por entre los tupidos renovales de los quillayes, hacia las orillas solitarias del río...